

pica y os envenena. Sufrimiento grande el sufrimiento del monje en aquella hora solemne; pero tambien grande gloria. ¡Él! jóven, que apenas llegaba en aquel momento á la edad madura; pobre, que apenas tenia la propiedad de su breviario y de su hábito; sin mas bienes que la riqueza de sus ideas; sin mas armas que las aceradas de su palabra y de su pluma; teniendo por toda defensa su elocuencia; eclipsaba al Emperador, se sobreponia al Papa, llevaba tras sus pasos las dietas de la poderosa Alemania, conmovia con profundísima conmocion á todos los pueblos y á todos los potentados de Europa, derribaba por tierra las mas seculares instituciones, en virtud de representar una fuerza incoercible, impalpable, eterna, la fuerza del espíritu, renovado en el seno de amplias y progresivas ideas. Jamás se vió tan claro cómo domina el espíritu á la materia y cómo la idea sojuzga de todo en todo á la fuerza.

La confusion de aquel momento permitió que muchos caballeros se acercaran á sostenerle y á hablarle. Unos le decian que tuviese valor; otros que no pensara cuanto iba á decir sino que lo remitiera por completo á la inspiracion del Espíritu Santo; estos le aconsejaban que no temiese á quien solo podia matar su cuerpo; aquellos que no temblase, pues en caso de necesidad auxiliaríanle tanto sus ideas como sus espadas. Lutero, dotado de la cualidad de encerrarse por medio de la reflexion cada vez mas dentro de sí mismo, respondia á todas estas frases con gestos y movimientos de cabeza, en los que se veia bien claro la insinuacion de que todo cuanto pudieran decirle, pasaba de continuo por su inteligencia. Calmada esta agitacion, uno de los juristas oficiales, allí presentes, se encaró con el monje, y comenzó el interrogatorio. La primera parte de este se redujo á decirle si reconocia por propias sus obras. Iba inmediatamente á contestar, cuando el abogado que le asistia, se interpuso, y pidió la lectura de los títulos que encabezaban todas las obras de Lutero escritas hasta entonces. Leyólos, en efecto, el teólogo oficial; y á cada uno de ellos bajaba el monje la cabeza en signo de asentimiento. Así que se concluyó esta lectura, levantóse Lutero y paseó su mirada por toda la Asamblea. Mientras estuvo sentado, perdía, de vez en cuando, la luz de los ojos á impulsos de los vértigos; pero en cuanto se puso de pié, dominó con su mirada de águila toda la concurrencia, y al verla sometida y entregada, sintióse dueño y soberano de su propio espíritu. Y ya con esta dominacion y soberania,

dirigióse á la sacra majestad y resumió con el claro modo de expresarse que en los ejercicios de la cátedra se adquiere, los puntos capitales del religioso litigio reducidos á responder de si reconocia por suyos aquellos libros y se retractaba de las enseñanzas en ellos contenidas. La cuestion, como se ve, tornaba de nuevo al punto, en que la dejaran los Nuncios del Pontífice; y al creer Cárlos V que podia resolverla, por haber tocado en su frente la corona de los Emperadores, tomaba los vuelos de un Pontífice, penetrando en esferas vedadas al poder temporal, en las esferas de la conciencia y del dogma. Presentada por Lutero tan claramente la cuestion, no podia tener dudas ni vacilaciones en resolverla; porque la resolucion se imponia por la virtud toda de sus antecedentes. Así es que se negó con negacion rotunda é inapelable á toda retractacion, diciendo que, si él desconocia sus doctrinas en la tierra, Dios desconoceria su persona en el cielo. Frunció el ceño Cárlos V cuando le tradujeron al latin estas palabras, que el monje habia dicho en aleman, al cual no estaba aun habituado el gran Emperador de Alemania. Y como Lutero viese aquel movimiento de su fisonomía, con la facilidad de observacion que le distinguiera siempre, volvió rápidamente á asirse de un nuevo aplazamiento, y reclamó que le dejaran el tiempo necesario á contestar para no correr riesgo de desdecir la palabra divina ó de blasfemar del sacro nombre del Eterno. Mal inspirado estuvo Martin Lutero, al demandar aquella dilacion. Nada retrae tanto á las asambleas de prestar á un hombre su concurso, como verlo caer en la incertidumbre y en la duda: que solamente la fe tiene luz, solamente la fe tiene calor, solamente la fe difunde el entusiasmo y atrae y provoca las sinceras y ardientes adhesiones. Así es que la sorpresa se extendió por el auditorio burlado en su curiosidad; la sonrisa del desden se dibujó en los labios de aquellos prelados, que aun no habian concluido de comprender toda la grandeza del monje; cuchichearon los frailes entre sí palabras de avieso sentido contra quien de tal suerte vacilaba; rieron á mandíbulas batientes los españoles de la corte de Cárlos, muy enemigos de la doctrina del Profeta; menearon los doctores su cabeza como los antiguos fariseos en la Sinagoga de Jerusalem; compungieronse los mayores devotos de la nueva idea; y el Emperador dijo entonces aquella célebre palabra, trascendente á toda la historia: «No me hará, no, hereje este fraile.» Pero habia



necesidad de decidir, y á ello se reunieron los jefes y cabezas de las diversas órdenes, deliberando un momento, y despues de haber deliberado, conviniendo á una en que, si bien por lo muy conocida que era de Lutero la asignacion y la causa de la asignacion, debieran negarle todo aplazamiento, estaban en el caso de concederle por última vez veinticuatro horas, para que meditase y compareciese al dia siguiente en la Asamblea con la condicion de proponer sus respuestas de viva voz y en ninguna manera por escrito. Y de esta suerte se acabó la primera sesion de la Dieta de Worms, en que apareció la formidable personalidad de Lutero.

A las cuatro del dia siguiente, encaminóse Lutero á la presencia de sus jueces en segunda comparecencia. Dos horas tuvo que esperar, á causa de hallarse ocupados los príncipes en otros asuntos de importancia. Un pasadizo estrecho servia de antecámara, pasadizo semejante á un subterráneo, y en el cual se ahogaba, por la multitud de antorchas, que despedian espeso humo y daban sofocante calor. Por fin, á las seis de la tarde, las puertas se abrieron, y el monje penetró en aquella sala, donde su voz debia encontrar tanta y tan duradera resonancia. El oficial mayor de la Dieta se levantó en el acto, y encarándose con él, propúsole llanamente el mismo tema de la anterior sesion y en los mismos términos, propúsole el tema de las retractaciones. Francamente, no podia ofrecerse á un apóstol mejor ocasion de predicar su doctrina y de morir por ella. Faltábale á esta naturaleza del Norte los resortes, que mueven las naturalezas del Mediodía y que las hacen mas ó menos teatrales, pero sublimes y heróicas. Poned á cualquier otro, á Savonarola, por ejemplo, en la misma situacion, frente á frente del Pontificado y del Imperio, enemigos formidables, pero sublimes; en el centro de una Asamblea, donde brillan las primeras potestades del mundo; con todo un pueblo y sus primeros príncipes en derredor; atenta Europa toda, en aquel minuto, á su palabra; y sobreexcitado por las maravillas del espectáculo, por la grandeza del acompañamiento, por lo extraordinario de las circunstancias, ya que no por los impulsos del instinto y las voces del sentimiento, confesara con arrebatada y arrebatadora elocuencia su doctrina y corriera con vocacion de mártir al suplicio, en la seguridad de que su palabra y su accion reunidas, si quebraban como frágil vaso su personalidad y consumian su existencia, en cambio da-

ban eterna vida y poder eterno á su fe y á su pensamiento. En ninguna hora del tiempo, volveria nuevamente á encontrar Lutero coyuntura tan propicia, teatro tan vasto, auditorio tan benévolo, Emperador tan jóven, Imperio tan esperanzado, Papa tan sabio, sociedad tan apercebida, como en aquella hora de la reciente eleccion de Cárlos V, y de las primeras sesiones de la gran Asamblea germánica, y de la paz completa á la sazón reinante, y del interés en todo el mundo culto por estas grandes controversias en que se dilucidaban los mayores problemas de la vida y se contendia en nombre de Dios y del espíritu. Gran momento para las pinturas apocalípticas sobre la nueva Babilonia, para las declamaciones ardorosas contra el tirano y la corte del tirano, para las invectivas encaminadas á sembrar el horror á las satánicas tradiciones y á la criminal usurpacion, volviendo en aquel lenguaje místico, que tan admirablemente se compadecia con la fuerza del argumento y los amargores del sarcasmo, por los derechos de la conciencia, por el libre examen de la razon, por la pureza de los sagrados textos, por la renovacion del mundo en los puros manantiales del Evangelio y en los primeros tiempos del Cristianismo. Mas el monje prefirió á todos estos impulsos del corazon y á todas estas revelaciones de la conciencia, un lenguaje defensivo, meditado, refrenadísimo, de argumentos escolares, de distinciones jurídicas, de atenuacion calculada, de términos medios diplomáticos, en vez de presentarse, como se hubiera presentado un confesor de las edades evangélicas en el circo hirviente, en presencia del César deificado, entre los gritos del populacho que pedia su sangre y los rugidos de las fieras que forcejeaban por devorarlo, á derrocar los ídolos, á decir su fe, y á encontrar la muerte en el seno de la inmortalidad concedida por Dios y por los siglos al martirio.

El comienzo de su oracion se redujo á pedir benevolencia y á dar excusas por si acaso llegaba en el curso de ella, por ignorancia ó por olvido, á negarles aquellos títulos, que á los Emperadores y príncipes les corresponden por consentimiento unánime de los pueblos y por disposicion secular de los ceremoniales. En esta coyuntura recordó con verdadera sobriedad y con profundo propósito su humilde origen y su sencilla condicion, para que resaltase mas la gloria y el poder de tantos magnates, sobre quienes ejercia verdadera y omnímoda influencia. Pasando de esta retórica humillacion, propia para



captarle el auditorio, á mayor arrogancia, reconoció la lista de los libros citados, y dijo que los habia escrito con su pluma, despues de haberlos madurado en su pensamiento. Y ya dicho esto, reconoció haber publicadò varias clases de obras. Didácticas unas, consagradas á mejorar las ideas y las costumbres de los fieles, no podia negarlas, sin negar al mismo tiempo la conciencia universal que las patrocinaba todas; polémicas otras, encaminadas á mostrar la tiranía de los Papas romanos y el desórden de las gentes cristianas, no podia negarlas sin caer en la complicidad con todos los inicuos y todas las iniquidades; nacidas todas de una inteligencia, sujeta por su complexion y por su carácter al error, no podia negarlas sin decir lo que dijo el Salvador á los sayones, que le abofeteaban en casa de Anás: si erré, mostradme vosotros en qué he errado. Despues de afirmadas sus doctrinas, conjuraba con ardor, en nombre de Dios vivo, á todas las potestades del mundo, para que le convenciesen de su error, y se envanecia de los combates engendrados por sus doctrinas, á causa de que el Verbo Divino resonó en el mundo, no para traer la paz, sino para traer la espada. Por último, concluyó con algunos recelos tímidamente dichos acerca de las consecuencias que podia engendrar su doctrina; con algunas palabras de elogio al Emperador Cárlos V; con alguna protesta de amor á su patria germánica; y con humilde súplica para que le preservasen de aparecer ante el mundo como un objeto de escándalo y de odio.

Oidas estas palabras, levantóse de nuevo el oficial de la Dieta, y dijo que Lutero acababa de evadir la cuestion, cuando se le pedia una respuesta sencilla y no cornuda, como suele llamarse á los dilemas en la escuela, una respuesta sobre si admitia ó no admitia la completa sumision al Papa y daba ó no daba las necesarias retractaciones. Entonces Lutero replicó, impaciente por terminar, que su respuesta no seria ni cornuda ni dentada, sino sencilla y franca, reduciéndose á declarar su resuelta negativa á toda retractacion; porque nadie debe proceder contra su propia conciencia. «Tal es mi profesion de fe; no espereis otra cosa de mí. Que Dios me ayude. Amén.» ¡Ah! En este momento y con esta palabra ganó Lutero todo lo perdido en las atenuaciones y en las incertidumbres de su largo y meditado discurso. Cuando las circunstancias toman este carácter de supremas, deben tomar las resoluciones

el carácter de irrevocables. En tal escena solemne representa Lutero con fidelidad el progreso humano, cumpliéndose por el pensamiento individual y por la iniciativa individual, á despecho del sentido cuasi unánime de los hombres. Mirad á ese fraile, vestido de sayal; encorvado por una crónica enfermedad de estómago, que le llama tristemente á las mas groseras realidades de la vida; sin recursos y sin fuerzas físicas casi; alzándose, despues de haber tenido muchas vacilaciones, aislado y solo, en frente de la Iglesia universal, en frente del Imperio romano, en frente de la Dieta germánica, en frente de quince siglos, en frente de innumerables tradiciones, en frente de poderosos ejércitos; y decidme luego, si no está ahí, en ese acto sublime, la demostracion de la existencia del espíritu y la prueba de que mas allá de la materia, mas allá de la fuerza, sobre el tiempo y sobre el espacio, se eleva el ideal en los insondables senos del Eterno, que nos ha dado la libertad y ha cubierto los esfuerzos por el humano progreso con el escudo inquebrantable de su Providencia.

Tras la firme respuesta de Lutero las diferentes órdenes se retiraron á deliberar, y despues de haber deliberado, resolvieron decir por medio de su oficial franca y resueltamente al monje que acababa de hablar en tono impropio de su estado y sin dar respuesta alguna á la cuestion. Ciertamente que habia escrito libros puros de toda mancha y superiores á toda censura; pero de haber condenado él mismo aquellos en que los errores abundan, nadie persiguiera aquellos en que abundan las verdades. Y no podia dudarse que sustentaba dogmas condenados por el Concilio de Constanza; y que recurria á la libre interpretacion de las Escrituras con lo cual, arrogándose un derecho por nadie reconocido, entraba en la Iglesia y en los Concilios como si no hubiera dogma fijo, ni doctrina tradicional, ni nada cierto, ni nada seguro en este mundo; pues así como ahora se rechazaba el Concilio de Constanza, podian rechazarse mas tarde todos los Concilios ecuménicos y todos los padres eclesiásticos; quedando solo como regla universal la palabra propia y la propia conciencia, las cuales varian y cambian á cada paso y á cada instante en cada uno de los individuos de este mundo. Hé ahí representado una vez mas el eterno conflicto entre la razon individual que impulsa hácia adelante y la razon general que resiste y se defiende. Lutero representante de aquella y el